

# *Internet, el glutamato y una frase de Jardiel*

JULIÁN DE CABO MORENO\*

**A**l abordar el reto de poner en orden unas cuantas ideas para un artículo dirigido a una audiencia tan diferente a la que estoy acostumbrado a tratar, lo primero que se me ocurrió —lo confieso desde ya— fue recurrir a los libros de mi biblioteca, buscando alguna de las frases que me han ido quedando en la cabeza a lo largo de los años, y que pudiera darme un punto de apoyo. Debe de ser que me marcó de pequeño aquella idea de que con un punto de apoyo adecuado se puede mover el mundo.

No encontré ninguna frase célebre que me pareciera propia, pero sí una idea que lleva tiempo rondándome la cabeza: pese a que me gano la vida predicando las virtudes del cambio tecnológico, no busqué ayuda desde el ordenador con el que escribo, sino en un libro. Tal vez sea porque para un individuo que se ha pasado años buscando en el papel las respuestas, es difícil cambiar de hábitos. Siempre es igual: busco respuestas en los libros de mi biblioteca. No son tantos como quisiera, ni tengo siempre tiempo de disfrutarlos, pero son mi

\* Country Manager España. Terra Networks.

biblioteca; una de las cosas que más valoro en el mundo porque me ha devuelto mil veces el esfuerzo que hice en otras épocas por adquirirla.

Es tanto el beneficio que he encontrado en los libros durante mi vida, que desde que fueron muy pequeños, intenté desarrollar también en mis hijos el hábito por la lectura y el amor por los libros. Gracias a Dios, parece que van por el buen camino y ya la mayor de ellos, a sus siete años, lleva tres yéndose a dormir acompañada de algunos de los muchos libros infantiles que forman parte de la biblioteca de mi casa.

Hace unos meses, volviendo en coche de unas vacaciones, mi mujer proponía a unos niños desalentados por la vuelta a Madrid la posibilidad de ir al cine a ver una película. Supongo que por hacerles ver que el retorno a la civilización también ofrecía ventajas. El caso es que cuando le contesté que parábamos en una gasolinera para comprar un periódico donde mirar la cartelera, sonó desde el asiento de atrás la voz de esa niña que lee en la cama, diciéndome: “¿y por qué no lo miras en tu teléfono, papá?”. Y papá, en mitad de la Nacional IV, se quedó completamente descolocado: desde el asiento trasero, una niña de siete años demostraba tener más conciencia que yo de la utilidad de una herramienta que su padre usa a diario. Es seguro que ella, a diferencia de su padre, desconoce desde el nombre “teléfono WAP” hasta la tecnología en que se apoya. Probablemente, tampoco sepa que el teléfono conecta con Internet, y probablemente tampoco el dato interese demasiado. Lo que importa es que ella ha vivido como hecho natural la posibilidad de obtener información útil desde un dispositivo que me ha visto usar desde que nació, y que yo, pese a usarlo todos los días, nunca consideraré “tan mío” como ya lo hace ella.

Probablemente, pese a mis 37 años, soy demasiado mayor para aceptar como normales cosas que mis hijos han vivido, simplemente, como parte del entorno en que vinieron al mundo. Pero la conclusión también es otra: esa niña de siete años que de forma simultánea disfruta de los libros en su cama y de los beneficios de WAP en su coche.

Retomaré la idea anterior hacia el final del artículo, pero antes les explico algo más sobre mi planteamiento inicial. Dados el tema y el público, la frase de la que hablé al principio debía darme pie para exponer dos líneas de argumentación: la primera, que Internet es un medio de comunicación poderosísimo, y la segunda, que estamos viviendo la génesis de “La Red” con una intensidad tal, que dificulta enormemente la reflexión pausada sobre sus posibilidades. Y para intentar conjugar ambas líneas, lo más aproximado a la frase que buscaba resultó ser una de uno de los autores que ha acompañado mis ratos de ocio durante años: Enrique Jardiel Poncela. Comprendo que quizá no sea el autor de referencia para el público al que me dirijo hoy, pero los que lo conozcan habrán disfrutado, como lo hice yo, con muchas de sus ocurrencias.

La frase, que cito de memoria por no tener mis libros a mano, decía algo así como que “la embriaguez es el altavoz del carácter”. Y en el fondo, refleja algo no muy diferente de lo que está sucediendo en nuestros días con este nuevo fenómeno que es Internet.

Si la valoramos como medio de comunicación, lo primero que destaca en la red, es el hecho de que convierte a cualquier persona conectada en una potencial fuente de información activa. A diferencia de un periódico, donde los lectores colaboran sólo de tarde en tarde con sus “Cartas al Director”,

difundir las propias ideas en el nuevo medio, depende casi tan sólo de la voluntad del “internauta”. Al fin y al cabo, las mismas pocas pesetas que paga un usuario “por entrar” suelen darle derecho a un espacio donde “publicar”, que muchos de ellos terminan por utilizar.

Por supuesto, esta característica de “liberar espacio” a la creatividad humana y minimizar el coste de compartir con los demás lo que cada uno quiera, tiene sus claros y sus oscuros. Pero no en mucho mayor medida que los tienen los individuos que hacen uso de esta posibilidad; sólo cuenta como factor adicional el relativo anonimato que el medio proporciona. Puede ser el altavoz del carácter de que hablaba Jardiel, o puede ser como el glutamato, que potencia el sabor básico al cual se superpone. O a lo peor, estoy dispuesto a aceptarlo, deberemos acabar por admitir que es peor un “idiota-punto-com” que un idiota a secas.

Pero aun aceptando esos términos, no sería menos cierto que Internet, junto con esos contenidos de baja calidad que pueden ser mayoría, contiene también aportaciones interesantísimas para cualquier individuo que desee información sobre cualquiera que sea el tema. Desde apasionados de la literatura hasta aficionados a los viajes localizan hoy información en la red, pasando por niñas de siete años que desean ir al cine mientras viajan en coche. Todavía mejor, la información que podemos encontrar será tan rica como grande sea el número de personas interesadas en la materia. Y, finalmente, el cambio definitivo: si deseo aportar mi grano de arena, podré hacerlo con libertad, sometiéndome a la opinión de otros individuos de tendencias parecidas a las mías.

Sólo con que la red nos ofreciera esto como única diferencia, ganamos algo importante frente a otros medios donde la capacidad de aportar de los consumidores de información es nula. Ganamos la posibilidad de que todo el que quiera aportar, aporte. Otra cosa es que, tanto los que trabajamos con Internet, como los que lo hacen en el ámbito del pensamiento humano, seamos capaces de hacer ver a quienes tienen la responsabilidad de impulsar los proyectos culturales la potencia que el nuevo medio está poniendo en sus manos. Podemos hacer eso o podemos optar, sin más, por despreciar las posibilidades que este medio de comunicación trae a nuestras manos, quedándonos sólo en el tópico y la superficie. Si esta fuera nuestra actitud, no estaría de más recordar que, tras unos pequeños pasos en lo militar, esta red nace desde la Universidad, y con el propósito de servir de vehículo al intercambio de información entre quienes trabajan en ella.

En este punto, me viene a la cabeza otra frase que, sin saber por qué, lleva rondando por mi cabeza desde que la leí. En este caso, es Benjamín Franklin, americano como los padres de Internet, quien dijo algo así como que “habría que escribir para enseñar, y no para alardear de que se sabe”. Y me descubro un punto más: desde mucho antes de entrar en Terra, imparto clases a chicos jóvenes que quieren ser directivos de empresa. Más concretamente, clases sobre tecnología de la información. Y en los diez años que llevo dedicado a esta labor, he sentido muchas veces la satisfacción de hacer pasar a mis alumnos desde el escepticismo al interés por estas materias. Si algo ha cambiado en estos años es que, desde que distribuyo el material de clase a través de Internet, tengo una alegría adicional: varias veces desde entonces he recibido peticiones de colegas situados en otras partes del mundo, solicitando información complementaria, agradeciendo la utilidad que mi trabajo les ha reportado o, mejor aún, haciéndome comentarios que han enriquecido el material que luego empleo con mis alumnos.

Por supuesto que, desde que actúo de ese modo con mi trabajo, también he vivido situaciones delirantes, como la de encontrarme con que el ponente que me precedía en una mesa redonda ha usado material que era mío, y sin citar procedencia. La anécdota, que es auténtica, termina de forma más chocante todavía; conozco al ponente desde hace años, y me confesó que el material no era suyo ... ¡y que se lo había facilitado un compañero de trabajo! No quise seguir la cadena, pero me alegré de que mis opiniones tuvieran tanto “éxito”.

En el fondo, un poco de ambas cosas es Internet: un mundo donde personas desconocidas se interesan por tu labor y te ayudan, pero también un mundo donde el lado oscuro de la naturaleza humana sale a flote con facilidad. Es algo hecho por personas y usado por personas. Nada nuevo bajo el sol. Si la utilización de ideas ajenas se hace a veces con verdadera impudicia y bajo nombre propio, imagínense lo que puede suceder con las etéreas “identidades cibernéticas”. El algún sentido, “Internet es el altavoz del carácter”. Seguro que a fecha de hoy lo hubiera dicho Jardiel.

Como colofón a este batiburrillo de ideas que comparto con mis atípicos —atípicos para mí, se entiende— lectores de hoy, y por no dejar puntada suelta, enlace de nuevo con mi hija mayor, con sus libros y con los teléfonos WAP, tal y como les prometía antes.

En mi casa, hoy, además de un buen montón de libros que se usan a diario, hay un ordenador conectado a Internet a través de Terra con el que mis hijos y mi mujer navegan por Internet. Esa misma máquina sirve para que la señora que trabaja en mi casa comunique con su marido y sus hijos que, desde el Perú, utilizan un correo de Terra para estar en contacto con ella. Eso significa que varias personas de edades distintas, pero que comparten una misma cultura y un mismo idioma, pueden comunicarse entre ellos y pueden recibir información a través de la red, en su propio idioma, con un coste muy bajo. Significa, para mí, que trabajo en una empresa que nació porque siendo millones las personas que en el mundo hablan mi idioma y comparten mi cultura, tenían pocas posibilidades de difundirlos y de defender su propia identidad dentro de un espacio donde predominan otras alternativas.

Puede que todo ello, además, también sea una “oportunidad de negocio”, pero les aseguro que se trata de una aventura apasionante. Ignoro si el resultado final de lo que estamos haciendo “los de Internet” merecerá la pena para la humanidad en su conjunto, o si lo que vivimos ahora se contará en los libros como lo que pudo ser y no fue.

Tal vez por eso intento que mi hija viva los dos mundos a la vez. Como dijo Ortega (al menos, yo se lo imputo con frecuencia), “cuando un hombre planta árboles bajo cuya sombra sabe que no se va a sentar, es cuando ha empezado a entender el sentido de la vida”.